

Sus hijos Alix y Christopher y su nieto Miguel rememoran su figura al cumplirse el 120 aniversario de su nacimiento

Dr. Ramón Castroviejo: un líder en Oftalmología, un referente como persona

Del Dr. Ramón Castroviejo se han dicho y escrito muchas cosas. Es una figura de la Oftalmología mundial, cuyas contribuciones a la cirugía de la córnea le han dado un prestigio universal y le han colocado entre los 10 oftalmólogos más influyentes del siglo XX. Casi nada. Pero este liderazgo científico iba acompañado de una personalidad arrolladora, de unas cualidades humanas y personales mucho menos conocidas. Coincidiendo con el 120 aniversario de su nacimiento, sus dos hijos, Alix y Christopher, y su nieto Miguel han aceptado el reto de un gran amigo de la familia, el Dr. Francisco José Gutiérrez Carmona, y desgranar en esta entrevista las claves apasionantes de un Ramón Castroviejo que sin duda sorprenderá al lector por su desbordante vitalidad.

Dr. Francisco José Gutiérrez Carmona

*Founder President of the International Society of Manual Small Incision Cataract Surgeons (ISMSICS)
y Exbecario del profesor Ramón Castroviejo*

EN el año 2024 se ha cumplido el 120 aniversario del nacimiento del eminente oftalmólogo riojano Prof. Ramón Castroviejo Briones, que vio la luz en Logroño el 24 de agosto de 1904, en el primer piso del edificio de la calle Bretón de los Herreros, esquina a González Gallarza. Precisamente en este lugar perdura una placa, que el Ayuntamiento logroñés otorgó al insigne oftalmólogo, que llevó la Oftalmología Española al más alto nivel que el ser humano podría imaginar.

La ascendencia de Castroviejo se reparte entre Sorzano, localidad de nacimiento de su padre, el oftalmólogo Ramón Castroviejo Novajas, y Navarrete, de donde era natural su madre, Anita Briones Trevijano. Desde muy pequeño ya mostraba su amor a la especialidad, siendo testigo, en quirófano, de las intervenciones quirúrgicas que realizaba su padre. Sus primeros estudios tuvieron lugar en el Colegio de los Maristas de Logroño, estudiando posteriormente el Bachillerato en el Instituto de Logroño y el año preparatorio en la Universidad Central.

Ramón Castroviejo inició sus estudios de Medicina en la entonces denominada Universidad de San Carlos, de Madrid, en la que permanecería hasta terminar sus estudios de doctorado, en el año 1927. En su formación como oftalmólogo, en la Universidad Central, fue alumno interno del Profesor Manuel Márquez, completando sus estudios de Oftalmología con el Dr. Francisco Poyales, jefe del Servicio de Oftalmología del Hospital de la Cruz Roja, de Madrid. A sus 24 años, en 1928, se desplazó a Chicago, en Estados Unidos, con la intención de permanecer 6 meses perfeccionando su formación como oftalmólogo; más tarde, en 1930, obtuvo una beca de investigación y se trasladó a la Clínica Mayo, en Rochester. Como docente y clínico alcanzó, en un ambiente de gran competitividad, puestos de máximo prestigio y responsabilidad: Profesor de Oftalmología de la Columbia University; después de la Universidad de Nueva York y, finalmente, de la Escuela de Medicina del Hospital Mount Sinai. Fue director, consultor y cirujano oftalmólogo de varios hospitales del área de Nueva York y asesor y consultor de varios departamentos oficiales, entre ellos de la Secretaría de Salud del Gobierno de los Estados Unidos. A veces Castroviejo me comentaba que fue a Estados Unidos para una estadía de 6 meses y se quedó 47 años. Su prestigio universal es notorio, al haber sido elegido en el año 2000, durante el congreso anual de la American Society of Cataract and Refractive Surgery (ASCRS), uno de los 10 oftalmólogos más influyentes del siglo XX, por sus contribuciones a la cirugía de la córnea.

En Nueva York, Ramón Castroviejo se casó con la neoyorquina Cynthia Warren Smith, con la que tuvo dos hijos: Alix y Christopher, y dos nietos, hijos de Alix: Cecilia, que estudio Veterinaria en la Cornell University, y Miguel, que estudio Relaciones Internacionales en The London School of Economics y la Columbia University.



Drs. Castroviejo y Gutiérrez Carmona con su perrita Ratita en su domicilio de Madrid.

Conocí a Ramón Castroviejo por lazos familiares, a través del gran pintor Juan Antonio Morales, que era íntimo amigo de Castroviejo; más tarde, fui su último becario. Mi relación con su familia, fundamentalmente con su hija Alix y su yerno Emilio Artacho, comenzó en Nueva York, en un viaje que hice en 1983 recorriendo algunos hospitales de la costa este de Estados Unidos. En aquel tiempo Alix estaba haciendo un Máster en Nutrición en la Columbia University, mientras Emilio ocupaba el cargo de Embajador Adjunto de España ante las Naciones Unidas. Desde que nos conocimos surgió una amistad que ha perdurado a lo largo de los años.

Cumplíendose el 120 aniversario del nacimiento de Ramón Castroviejo, he realizado esta entrevista a sus familiares directos, su hija Alix, residente en Madrid, su hijo Christopher residente en West Palm Beach, Florida, y su nieto Miguel. La entrevista trata del aspecto humano, familiar y social de Castroviejo, durante los años de relación con sus familiares, hasta su fallecimiento el



Alix Castroviejo con sus padres y caniches.



Ramón Castroviejo y Christopher navegando en Centre Island.



Ramón Castroviejo a los 18 años lanzando la jabalina.

1 de enero de 1987 en la Clínica de Nuestra Señora de la Milagrosa. En aquel tiempo, yo acababa de aprobar las oposiciones al Insalud, y estaba pendiente de incorporarme a mi plaza.

Era deseo de Ramón Castroviejo que, cuando falleciera, sus córneas fueran trasplantadas a pacientes que necesitasen de una queratoplastia. Tuve en mis manos, a petición de su hija Alix, la responsabilidad de elegir el oftalmólogo que realizase el trasplante de las córneas de su padre. Desde hacía tiempo, conocía al Profesor Juan Murube y sabía que había sido becario de Castroviejo en Nueva York; por otro lado, su hija Alix conocía a Murube de algunas veces que había ido a visitar a su padre enfermo, con lo cual le sugerí que fuera el

Profesor Murube el encargado de realizar el trasplante de las córneas de su padre, y ella, de común acuerdo, aceptó mi elección. Cuando se realiza la biografía de una persona singular, pienso que al lector le interesa, además del aspecto profesional y científico, el aspecto humano,

SIEMPRE TENÍA TIEMPO PARA SUS HIJOS

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Cómo fue tu infancia y la de tu hermano al lado de un padre famoso? ¿Disponía del tiempo suficiente para poder estar con la familia?

ALIX CASTROVIEJO.- Fue una infancia normal y feliz, pero con estímulos constantes dado el amplísimo campo de relaciones de mis padres. A pesar de lo ocupado que estaba, mi padre siempre sacaba tiempo para estar con nosotros. Recuerdo los fines de semana en Nueva York, que nos llevaba al cine de la calle 86 para ver películas de romanos, que le gustaban mucho, y a clases de patinaje sobre hielo. En verano, en el campo, tocaba natación y tenis. Le encantaba hacer viajes con nosotros. Con él visitamos muchos países, y desde muy pequeños nos llevaba a España a ver a nuestra abuela. Años más tarde se divertía mucho llevando a sus nietos, Cecilia y Miguel, por algunas de sus rutas favoritas del norte de España. Pero, cuando hacíamos turismo con papá era un problema, ya que a mí me gusta ver las cosas con mucho detalle, y a él no le gustaba entretenerse tanto. Lo registraba todo con su memoria fotográfica: las pirámides de Egipto, la catedral de Burgos, los museos. Todo lo visitaba un ratito con su andar rápido y su paso corto, y enseguida decía: «esto ya está visto».

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- A pesar de ser una persona muy famosa, él era muy cariñoso y se interesaba mucho por nosotros; viajábamos mucho a Egipto, Grecia, y yo viajé mucho con él a Acapulco. A papá le encantaba el sol, siempre estaba muy bronceado, y también le gustaba el agua, como a mí. Pasamos muy buenos momentos juntos, y estaba muy integrado con nosotros.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Tenía tu padre interés en vuestras raíces españolas?

ALIX CASTROVIEJO.- Por supuesto, aunque mi madre era de Estados Unidos, mi padre tenía especial interés en que mi hermano Christopher y yo conserváramos nuestras raíces españolas, y que estuviéramos al tanto de la cultura española. Recuerdo la ilusión que le hizo cuando, gracias sin duda a los buenos oficios de su gran amigo, el Dr. Bartolozzi, me hicieron madrina de una de las promociones de la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca. Papá me hizo compartir su amor y admiración al flamenco y, cuando pasábamos por Madrid, íbamos casi siempre a algún tablao flamenco; a él le entusiasmaba. En sucesivos viajes que hicimos a España, mi padre nos organizaba diferentes giras para ir enseñando el país. Una de estas giras fue por Andalucía, pasamos por Málaga, y estuvimos en la playa en Torremolinos. También nos llevó a Sevilla para ver sus monumentos y la Semana Santa, que a Christopher y a mí nos impresionó muchísimo. A papá le encantaba Córdo-



Cecilia y Miguel en Las Lomas, Madrid.

ba, disfrutamos mucho visitando la mezquita, el barrio de la judería y los patios de la ciudad. Otra gira que hicimos fue por el norte de España; estuvimos en San Sebastián y también en Bilbao, donde vivía Antonio Damborenea, primo mío y sobrino de papá. En Cantabria, visitamos Santander y estuvimos en las Cuevas de Altamira. En Asturias visitamos el pueblo de Luarca, de donde era Severo Ochoa, y también en el área de Oviedo visitamos algunas iglesias prerrománicas, como Santa María del Naranco. Por supuesto, íbamos a Logroño, donde vivía la abuela; mi padre nos llevaba a los sitios típicos de la ciudad, a los restaurantes y a la playa del Ebro, donde se bañaba en su juventud. En los viajes, papá quería que nosotros conociéramos la gastronomía española, como el gazpacho, los pimientos rellenos de la Rioja, el salpicón de marisco, la tortilla y, por supuesto, la paella. Aunque mi padre estaba encantado de vivir en Estados Unidos, y respetaba muchísimo la forma de ser de la gente y lo trabajadores que son, se sentía muy español y muy riojano. Siempre acogió con mucho afecto a los artistas españoles que iban llegando a Nueva York, y se interesaba mucho por la labor del Spanish Institute, del cual mi madre fue la primera presidenta, cuando se creó. Entre los artistas españoles recuerdo a los «Chavallillos de España», luego famosos, como Rosario y Antonio, sus grandes amigas La Argentinita y su hermana Pilar López y Carmen Amaya. Cantantes de ópera como Victoria de los Ángeles y Montserrat Caballé, la pianista Alicia de Larrocha, y el maestro de guitarra Andrés Segovia, que actuaron en pequeños conciertos benéficos para el Spanish Institute, en el salón de baile de nuestra casa. En España, la bailaora de flamenco Lucero Tena era amiga de mi padre y vecina de Las Lomas; recuerdo que un día papá la invitó a comer y me regaló unas castañuelas. Sin duda, sus mejores amigos en el mundo de las artes fueron el gran pintor Juan Antonio Morales y el maestro Andrés Segovia. A este último le acusaba de ser poco disciplinado en los procesos postoperatorios, porque su amor a la guitarra le llevaba a tocar antes de tiempo. Juan Antonio Morales y su mujer Elena convivieron con nosotros un año; el artista montó su estudio precisamente en el salón de baile, que tenía muy buena luz.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Por supuesto, y nos mandaba con frecuencia a España para visitar a nuestra abuela, Anita, tanto en Madrid como en Logroño; tengo muy buenos recuerdos, sobre todo de aquellas meriendas en el Hotel Ritz de Madrid. Recuerdo también un año en el que estuve en un campamento de verano y cuando llegué a casa mi padre estaba enojado porque me veía muy delgado, y le dio instrucciones a mi abuela para que me alimentase bien y engordase.

CARIÑOSO Y EJEMPLAR

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Cómo era tu padre con sus padres y nietos?

ALIX CASTROVIEJO.- Era muy cariñoso. Fue un hijo ejemplar, sobre todo con su madre, pues, a pesar de estar lejos, iba a visitarla siempre que podía, y no hacía un viaje a España sin pasar por La Rioja, a verla. Su padre, que fue su primer maestro, era muy buena persona. Se entregaba mucho a sus pacientes y precisamente por eso falleció tan joven, pues, estando enfermo, salió un día de invierno a ver a sus pacientes y murió de neumonía. Cuando papá marchó de La Rioja para irse a Estados Unidos, dejó su bata colgada en la consulta de mi abuelo con la idea de volver. Pero, como esto no sucedió, le quedó la tristeza de haber dejado solo a su padre en España. También diría que era un abuelo ejemplar. Tenía pasión por sus nietos. Muchas veces se «escapaba» de su clínica, situada en la calle 91, y aparecía en nuestra casa, en la 83, en el extremo este de Manhattan, para ver a su pequeña nieta Cecilia, aunque solo fuera por unos minutos. Cuando viajaba escribía postales a Cecilia y Miguel de todos los rincones del mundo, y siempre volvía cargado de regalos y sorpresas.

MIGUEL ARTACHO CASTROVIEJO.- A mi abuelo le encantaba traernos regalos, tanto a mi hermana Cecilia como a mí. Recuerdo que un año en particular volvió de un viaje a Kenia y había traído toda clase de artículos de los Masái. Lanzas de madera y metal, escudos de infantería, una maza de madera, un arco y flechas Masái auténticas. Yo estaba en una edad de niño pequeño en la que me encantaba jugar a los soldados y, claro, estaba absolutamente fascinado con los regalos de mi abuelo, ya que no eran juguetes sino artículos de verdad. Jugué con todo ello muchos años, y de hecho, a día de hoy, siguen decorando la pared de mi habitación de niño en casa de mis padres. No fue la única vez que mi abuelo me trajo regalos interesantes. Siempre que venía de sus muchos viajes internacionales nos traía, a Cecilia y a mí, todo tipo de sorpresas. Una vez apareció la mañana de los Reyes Magos con unos patinetes con manillar para mi hermana y yo, y es uno de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia. Nos duraron muchos años aquellos juguetes.

A mi abuelo le encantaba venir a comer a casa de mis padres los fines de semana, y muchas veces venía con todo tipo de sorpresas. En su día también empezó a coleccionar bonitas navajas de Albacete, y a mí me encantaban. Una vez que nos mudamos a Nueva York, mi tío Christopher me regaló su colección entera de cuchillos (que en su día le había regalado mi abuelo Ramón). Esa colección era una de mis cosas favoritas ya que pasaba horas con ellos. Me entretenía afilándolos, limpiándolos, y nunca me corté; cuando venían a jugar mis amigos del colegio, ellos obviamente también alucinaban con la colección.

Otras veces mi abuelo Ramón venía con disfraces, pelucas, barbas postizas. Tenía un excelente sentido del humor y recuerdo que, después de un viaje a Arabia Saudita, donde tenía algunos pacientes, volvió con el turbante típico de allí, gafas de sol y barbas. Para unos niños, como mi hermana y yo, estar con nuestro abuelo era por lo tanto siempre divertidísimo. También recuerdo que le encantaban los chistes y disfrutaba mucho cuando yo me había aprendido alguno y me pedía que los contase delante de sus amigos. Yo disfrutaba de la atención y ellos se partían de risa.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Influyó tu padre en vosotros para que siguiérais su profesión?

ALIX CASTROVIEJO.- No, mi padre no influyó para que nosotros siguiéramos su profesión. Él nos dio libertad para elegir lo que quisiéramos, aunque pienso que le hubiera gustado que su hijo fuera oftalmólogo.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Pienso que no, a él le habría encantado que yo estudiase su carrera. El me decía que estaba recibiendo una educación muy buena, y que tenía la responsabilidad de trabajar duro, y ser lo mejor que pudiera en cualquier profesión. Pasé consulta con él muchas veces, le vi examinar a sus pacientes, estuve con él en quirófano, no solo en la clínica de Nueva York, también en los viajes que realizaba. Recuerdo que en Egipto y en Arabia Saudita exploró a varios miembros de la familia real. Es cierto que la profesión de mi padre era muy interesante y me llamaba mucho la atención, pero me dí cuenta que aquello no era para mí. Yo creo que para la profesión médica uno tiene que sentir un deseo muy fuerte, y yo no lo sentía. Entonces estudié Ciencias Económicas en Harvard y después obtuve un máster de Ciencias y Negocios en la Columbia University de Nueva York.

DESTREZA PROVERBIAL Y PACIENCIA SIN LÍMITE CON LOS ENFERMOS

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- En el mundo de la Oftalmología, siempre se ha comentado la gran destreza que tu padre tenía en cirugía...

ALIX CASTROVIEJO.- Sí. Recuerdo que era rapidísimo operando y se impacientaba si no tenía a punto el instrumental. Cuando necesitaba un escalpelo o unas pinzas, lo quería inmediatamente. En el quirófano de su clínica le preparaban siempre dos enfermos, uno en cada mesa de operaciones, y él utilizaba una silla con ruedas para desplazarse lo más rápido posible de una mesa a la otra, de tal forma que él realizaba los pasos principales por ejemplo de la cirugía de catarata y el resto lo completaba su ayudante. Él me decía que desde muy joven le encantaba presenciar las operaciones de su padre, que fue su primer maestro, y pronto empezó a realizar pequeñas operaciones y experimentos en ranas, etc. Quizá desde entonces adquirió su proverbial destreza.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Totalmente cierto; yo le veía muchas veces realizar una cirugía de cataratas en 5 minutos y cuando venían los becarios de España y de otros sitios, se quedaban asombrados de la rapidez con la que realizaba sus operaciones. El tenía unas manos con una sensibilidad especial para la cirugía y, como operaba tanto, tenía una seguridad y destreza quirúrgicas excelentes.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Cómo era la clínica de tu padre en Nueva York? Vuestra casa, ¿formaba parte de ella o vivíais en otro lugar? ¿Qué es hoy el edificio de aquella clínica?

ALIX y CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- La clínica de nuestro padre era un edificio de 5 plantas, situado en 9 East 91 Street, que fue comprado a la familia Hammond. En el sótano estaban las cocinas, que eran enormes, cuartos de almacenamiento, las calderas y la vivienda de Boston, el conserje. En la planta baja, que daba a la calle, se encontraba administración, una enorme sala de espera, quirófanos, salas de curas, los despachos de los doctores colaboradores de nuestro padre, y el despacho de papá, donde se pasaba horas y horas con las cortinas cerradas para trabajar con máxima concentración. En la entreplanta había un observatorio circular, abovedado con ventanas acristaladas, en el techo del quirófano, para que oftalmólogos y estudiantes pudieran observar las operaciones quirúrgicas. En la segunda planta había un enorme salón de baile, un comedor muy grande, una mini cocina y una biblioteca. La tercera planta era nuestra vivienda. La cuarta y quinta planta eran para hospitalización de enfermos. En la actualidad la clínica situada en 9 East 91 Street, desde hace años se ha convertido en el Consulado General de Rusia.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Cómo era el trato de tu padre con los pacientes?

ALIX CASTROVIEJO.- Para él los pacientes eran lo más importante. Con todos los demás solía ser impaciente, pero con sus enfermos tenía una paciencia casi sin límites. No se enfadaba nunca con ellos. Si había que con-

testar veinticinco veces a la misma pregunta a él nunca le parecía demasiado. Respondía con dulzura y serenidad, hasta que el paciente se quedaba tranquilo. Tenía una dedicación extraordinaria a sus enfermos. Recuerdo que los fines de semana, cuando íbamos todos a descansar a la casa de campo en Centre Island, casi todos los sábados regresaba corriendo a Nueva York, a comprobar la marcha de los últimos enfermos operados.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Tenía un amor a los pacientes de manera exagerada; siempre estaba pensando en cómo mejorar los tratamientos de los pacientes.



Ramón Castroviejo con su hija Alix, su yerno Emilio, y nietos Cecilia y Miguel, en el mesón Cándido, Segovia.

Recuerdo que la sala de espera de la clínica era grande y siempre estaba llena de pacientes, esperando para ser vistos por mi padre y sus ayudantes.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- Recuerdo que en España operó pacientes de toda condición. Operó de cataratas al genial pintor Joan Miró y al premio Nobel Vicente Alexandre...

ALIX CASTROVIEJO.- Es cierto, y en América operó a su gran amigo el maestro Andrés Segovia. El fondo musical de sus películas de cirugía es el de la maravillosa guitarra del tío Andrés, como yo siempre lo llamaba. También operó a varios ministros cubanos, que por razones humanitarias obtenían el visado para la estancia en Nueva York. Cuando Fidel Castro vino a Nueva York, para dar un mitin en Central Park, llamó a mi padre por teléfono ya que tenía mucho interés en conocerlo y visitar su clínica. Papá accedió, pero precisó que tenía que llegar a las siete y media de la tarde, ya que después de las ocho no se podía molestar a los enfermos. Sin embargo, Fidel Castro alargó el mitin y llegó con retraso, por lo que mi padre le dijo que le enseñaría la clínica, pero no el área de los enfermos. A lo cual el dictador respondió: «¡oiga, mire usted, que yo soy Fidel Castro!», y papá contestó: «¡sí, usted será Castro, pero yo soy Castroviejo, y aquí mando yo!, y a estas horas los enfermos tienen que descansar».

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Operó además a unos jeques de Kuwait, y a los príncipes de familia real de Arabia Saudita. También operó a Jack L. Warner, que fue el fundador de la sociedad Warner Brothers Pictures de producciones cinematográficas; recuerdo que Warner le regaló a mi padre una llave dorada, y nos hizo mucha gracia, ya que, cuando íbamos al cine con mi padre y éste presentaba la llave, era considerado una persona importante y entrábamos gratis.



Ramón Castroviejo con su perra Ratita, fotografiados por Gyenes.

GENEROSO, DESINTERESADO Y MODESTO

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- Dentro del círculo de amistades que tu padre tenía, ¿Recuerdas algunas de ellas?

ALIX CASTROVIEJO.- Había muchas. Recuerdo que hablaba de su amistad con el anterior Duque de Alba, y después con su hija Cayetana, que vino a nuestra casa en su viaje de novios, en 1948. También mencionaba a Aristóteles Onasis en su época de soltero, a Salvador Dalí y Gala, que también fueron pacientes suyos, y Severo Ochoa. Otros dos grandes amigos de mi padre eran el eminente cirujano oculoplástico Byron Smith, que disfrutaba enormemente con él, primero en Nueva York y luego en múltiples viajes a España, y el excelente dentista Milton Kelmans. De su amistad con Andrés Segovia recuerdo una anécdota simpática: el día que el maestro cumplía 80 años estaba de viaje en Nueva York y para celebrarlo nos fuimos papá, Andrés Segovia, mi marido y yo al restaurante Pamplona, en la calle 28, y montaron entre los dos un maratón de chistes de todos los colores durante la cena. Otro gran guitarrista de flamenco, amigo de mi padre, era el maestro cordobés Juan Serrano, que ahora tiene 90 años, y con el cual mantengo amistad.

Apasionado de Nueva York y de su Rioja natal

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Le gustaba a tu padre la ciudad de Nueva York?

ALIX CASTROVIEJO.- Le encantaba Nueva York. Después de volver a España definitivamente, de vez en cuando sentía la necesidad de volver a la ciudad «para cargar las pilas», como él solía decir. El pulso de la ciudad de Nueva York estaba en perfecta consonancia con su personalidad enérgica y dinámica. Por eso se sentía «en casa» en Manhattan. Pero, por encima de todo era riojano. Siempre que estaba fuera le tiraba la patria chica porque quería volver a sus raíces. Hasta en las obras de arte le atraía el recuerdo de su Rioja natal y por eso le dijo a Cristóbal Toral que, además de uno de manzanas, quería otro bodegón de pimientos. Posiblemente sea el único que haya pintado Toral con esta hortaliza tan riojana.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Le fascinaba la ciudad de Nueva York, y en Broadway le gustaba mucho ir al teatro y al restaurante Gallaghers Steakhouse. En la Feria Mundial de Nueva York, de 1964 hasta 1965, había un pabellón de España, con restaurantes muy buenos y exposiciones, y en verano todos los viernes, de camino a Centre Island, le gustaba parar a comer en el pabellón español. Le encantaba ir a su finca en Centre Island, situada a unos 60 kilómetros de Nueva York, rodeada de agua y en la que teníamos pista de tenis y una piscina enorme. Mi padre daba allí grandes fiestas y comilonas preparadas por nuestro servicio de cocina español, siendo frecuentes las paellas, entre otros platos. Los invitados eran principalmente amigos españoles, aunque a veces también americanos.



Alix con su perra Greta Garbo en Las Lomas, Madrid.



Christopher con sus perros en West Palm Beach, Florida.

Otro amigo suyo era el gran artista de la fotografía Gyenes, que captó su imagen, también la de Christopher, de su nieta Cecilia, la mía y la de su perrita Ratita. El excelente escultor Sebastián Miranda siempre fue muy cariñoso con papá y conmigo, y nos reíamos con sus expresiones tan castizas. Durante su estancia en Estados Unidos, mi padre tuvo siempre mucha relación con todos los diplomáticos españoles, entre ellos los embajadores Areilza, Lequerica y Piniés, y el Cónsul General Ángel Sanz Briz.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- El maestro Andrés Segovia se quedaba en casa, cuando venía para dar conciertos en el Carnegie Hall. Segovia era una persona muy disciplinada, y siendo muy pequeño, yo me sentaba en el suelo y le escuchaba practicar durante 3 horas todos los días. Papá tenía amistad con el diplomático José Félix de Lequerica, embajador permanente de España en la ONU, y más tarde con su sucesor, Jaime de Piniés. También tenía amistad con el juez Emilio Núñez, de la Corte Suprema del Estado de Nueva York. Recuerdo que asimismo venía a casa con frecuencia Severo Ochoa, que en 1959 sería Premio Nobel; curiosamente nació en 1905, un año después que mi padre.

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- Dentro de su personalidad, ¿cuál sería la virtud y el defecto que más destacarías? ¿Qué otros rasgos resaltarías de su persona?

ALIX CASTROVIEJO.- Su virtud sería la generosidad. Era muy generoso con su tiempo, sobre todo el dedicado a sus enfermos, sus amigos y su familia.

En el plano económico era muy desinteresado. Ningún enfermo era rechazado por falta de medios. Muchos pacientes de los que él veía no pagaban nada por la consulta o cirugía. Su defecto creo que sería la impaciencia y el perfeccionismo. Él se exigía mucho y esperaba lo mismo de los demás. Mi padre tenía una mente muy clara y ordenada. Quizá por ello explicaba sus lecciones de forma sencilla, pero muy precisa a sus alumnos y colaboradores. Sin embargo, para sus papeles personales y en su forma de hacer las maletas era un tanto caótico, muchas veces por falta de tiempo. Fue un hombre sencillo. Recibió muchos honores a lo largo de su vida. Los recibió gustoso, pero nunca los utilizó para lucirse. Su energía no tenía límites. Andaba deprisa y conducía aún más deprisa. Siempre iba delante de todos, familia, discípulos y amigos. Nos costaba trabajo seguirlo. Su ritmo vital era distinto al de la mayoría de los hombres. De ahí vino parte de su gran capacidad de trabajo... y de concentración.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Destacaría como virtud el ser un hombre extremadamente modesto. Para mi padre la Medicina no era un modus vivendi, era el gran amor de su vida. Tal vez como defecto diría que mi padre estaba tan involucrado en su profesión, que se perdía en su trabajo, y no se tomaba el tiempo suficiente para relajarse y examinarse a sí mismo. No era un hombre introspectivo en ese sentido, porque siempre estaba trabajando en algún objetivo oftalmológico.

BAILARÍN, AMANTE DE LOS CHISTES, DEPORTISTA Y VIAJERO

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- En su tiempo libre, ¿cuáles eran sus aficiones?

ALIX CASTROVIEJO.- Tenía una gran curiosidad. Estaba siempre abierto a todo. Le interesaba conocer nuevos países, nuevas culturas, nuevos sabores. Le fascinaba todo lo que tenía que ver con nuevas tecnologías, los gadgets, la electrónica: su paraíso era Hong-Kong. Le gustaba pasarlo bien en sus ratos de descanso. Disfrutaba de distendidas comidas con los amigos y la familia. Como buen riojano, era muy hospitalario y siempre tenía la casa llena, no solo de buenos amigos, sino también de otras personas que acogía porque estaban lejos de sus hogares. Le encantaba bailar, y hasta llegó a ganar un campeonato de tangos. Recuer-



Alix Castroviejo en la playa de Murcia.

do que, en unas vacaciones de verano, en Galicia, un primo nuestro organizó una cena en un restaurante, y mi padre de repente cogió un jersey y se puso a bailar con él.

Sus perros tuvieron un lugar importante a lo largo de su vida. Christopher y yo nos criamos rodeados de Caniches. Más tarde sus favoritos fueron los Yorkshire Terrier. A su última perrita, Ratita, le dedicó un precioso poema uno de sus pacientes ilustres, el Premio Nobel Vicente Alexandre.

Sentía un gran amor hacia los niños. Se le alegraba la cara al ver niños pequeños. Les sacaba fotos, y no podía resistir la tentación de comprar caramelos o pequeños juguetes para repartirlos muy deprisa.

Era muy aficionado a contar chistes y tenía un gran repertorio. Compartía con su colega Luis Fernández-Vega no sólo su dedicación a la Oftalmología sino también el don de recordar y saber contar bien los chistes. Viajando de Pamplona a Madrid, estuvo contando chistes sin parar para que no se durmiera mi marido, que conducía tras una noche de sanfermines. Disfrutaba a fondo con los chistes de su amigo Mingote. Le hacían mucha gracia y tenía varios dibujos dedicados por el artista en su despacho.

Por supuesto, el deporte era otra de sus grandes aficiones. De joven lanzaba el disco, hacía gimnasia de todas clases y fue campeón universitario y subcampeón de España de lanzamiento de jabalina. En fútbol, mi padre fue el que marcó el primer gol en el campo de las Gaunas de Logroño. También jugaba al tenis, nadaba, y montaba en bicicleta. De joven iba varias veces desde Logroño a Bilbao en bicicleta, para ir a ver a sus primos, los Damborenea.

Recorrer el mundo le apasionaba. Cuando viajaba siempre visitaba las cosas interesantes y sacaba cientos de fotografías. Todavía recuerdo el viaje tan interesante a Egipto que hicimos Christopher y yo, acompañándolo en la gira que hizo como invitado oficial del Presidente Nasser.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Era un gran deportista; yo jugaba con él al tenis, practicábamos el esquí acuático y aprendí este deporte cuando yo tenía 8 o 9 años, en Acapulco. También nos encantaba montar en barco; tuvimos varios barcos muy rápidos en la casa de Centre Island, y a papá le gustaba dar paseos, pero más bien eran carreras de barco.



Miguel Artacho Castroviejo en el 2024 Africa Investment Forum Market Days. Rabat, Morocco.

Disfrutaría mucho con los avances tecnológicos

DR. GUTIÉRREZ CARMONA.- ¿Desde su fallecimiento, echas mucho de menos a tu padre?

ALIX CASTROVIEJO.- Sí, ... eso de no poder llamar por teléfono para pedir su consejo o tener su apoyo moral, o escucharlo contando chistes a su manera tan particular, o reunirnos alrededor de una buena mesa. Algunas veces hablo con mi hermano Christopher sobre lo que disfrutaría nuestro padre con los teléfonos móviles, las cámaras digitales, los nuevos televisores y los DVD, además de todos los avances tecnológicos de la Medicina. También hace años, notamos mucho su ausencia en la boda de mi hija Cecilia.

CHRISTOPHER CASTROVIEJO.- Lo echo mucho de menos, todos los días pienso en él y cuando rezo mi padre está ahí conmigo. Fue un hombre inolvidable, que me dio muy buenos consejos. Cuando tenía 10 años, mis padres se divorciaron y mi madre me internó en un colegio, en Massachusetts; recuerdo que mi padre, a pesar de lo ocupado que estaba en su profesión, hacia en coche, dos o tres veces al mes, el trayecto largo que existe entre Nueva York y Boston para visitarme, aunque solo fuera por un día, y llevarme a almorzar con mis amigos del Colegio.